

si y con piedras que servían de áncoras, sobre los que se extendían faginas y tierra, de modo que cada odre sostuviese dos hombres. La misma marcha fué extrañísima, no comprendiéndose por qué los Griegos en vez de volver á tomar el camino del Sudeste al Noroeste, mas recto, breve y conocido, declinaron al Oriente y despues doblaron hácia el Norte.

Jenofonte sacrificaba víctimas cada trecho, por lo que le criticaron que no economizase víveres preciosos, él que al fin se vió obligado á vender hasta su propio caballo. Mas por una parte, probablemente se comerían despues las víctimas, de modo que todo se reducía á matarlas con ceremonias y quemar algunos de sus despojos; y por otra, esto sostenía la constancia de sus soldados con la esperanza del auxilio del Cielo.

Esta es la primera narracion de retiradas, empresas en que tanto atrae el ver al hombre no lanzarse al combate por ambicion, avaricia ó heroísmo, sino sujetarse al imperio de la necesidad.

§ 10. ALEJANDRO.

Alejandro Magno aprovechó todos los adelantos de la táctica griega para aplicarlos á una vasta estrategia que nunca se habia conocido. Guerreando en las llanuras del Asia pudo reunir dos difalanganquias, de donde viene la tetrafalanganquia, último término de aumento de la formacion en falanges. Partió para Asia con doce mil Macedonios, siete mil aliados, cinco mil mercenarios, todos á pié, mandados por Parmenion; cinco mil Odrisos, Triballos é Ilirios, mil arqueros agrianos, mil quinientos caballos macedonios, mandados por Filotas, hermano de Parmenion, mil quinientos de caballería tesala al mando de Calante, hijo de Harpalo, seiscientos caballeros griegos al de Erigio, novecientos precusores de Tracia y Peonia bajo las órdenes de Casandro: entre todo treinta mil infantes y cuatro mil quinientos caballos. Reforzó su ejército con toda clase de caballería, la cual le ayudó mucho. Habia formado una tropa de *dimacos* con armaduras mas ligeras que las de los hoplites y mas pesadas que las de los caballeros, y que combatían á pié ó á caballo como nuestros dragones. Tuvo tambien toda clase de armados á la ligera, arqueros á pié y á caballo, saeteros, honderos, batidores de campo á caballo; un cuerpo de infantería y caballería para su guardia, formado de heteros, es decir, amigos todos Macedonios; los de mejor nacimiento eran los de á caballo, y los mas altos ó forzudos de á pié. La caballería formaba ocho islas, no se sabe de cuántos hombres, cuyos hilarcas eran elegidos entre los amigos de Alejandro, pero no daban nombre á las islas, que se intitulaban la *basilica* ó real, la *lagea* por Ptolomeo Lago, la *antemusiadea* por Antémus, ciudad macedonia, y la *apolonia*. Son famosos sus *argiraspides*,

esto es, los que llevaban escudo de plata, que eran veteranos sexagenarios. El nombre de *agema* dado á este cuerpo parece derivado de un signo distintivo que tenia tambien la caballería.

Luego que llegó á Sesto, se embarcó acompañado de ciento sesenta triremes y muchos buques de trasporte, sirviendo él mismo de piloto en su propia nave. Si los enemigos hubiesen escuchado á Memnon de Ródas, y devastado el país evitando la batalla, es indudable que se hubiera arruinado aquel ejército impetuoso, pero desprovisto y en país enemigo. Alejandro procedía en columna formada con la doble falange que marchaba por flanco, protegida en las alas por la caballería; detras venían los bagajes. En el Gránico, á pesar de las precauciones tomadas por Memnon, se determinó á pasar el vado; rompió la corriente con sus escuadrones para facilitar el paso á la infantería, y esperando vigorosa resistencia en la otra ribera, cortó el río oblicuamente, con lo que tomó una posición para oprimir al enemigo con todas las armas arrojadas de su columna, y formar prontamente la línea de batalla. Memnon, no se sabe por qué, tuvo inactiva su infantería y dejó fácil victoria á Alejandro, para quien fué la mayor fortuna la muerte de Memnon. De nuevo Alejandro encontró á Darío cerca del Iso, valle de la Cilicia, cerrado al Norte por los montes, al Sur por el mar, en un llano cortado por el Pinaro, y le venció.

La expedicion de Alejandro no era solo un juego de táctica, sino que allí se ve una estrategia regular y un plan bien concebido. Siguiendo este plan, despues de la victoria del Gránico, en lugar de perseguir á los enemigos se bajó á conquistar las ciudades marítimas, importándole conservar libre su paso, é impedir á los enemigos armar escuadra en el Mediterráneo. Así tambien despues de la batalla de Iso siguió ocupando las ciudades marítimas. Memorabile es sobre todo el asedio de Tiro, del cual ofrecemos aquí la descripción segun Diodoro (lib. XVII), porque nos informa minuciosamente de los extrañísimos medios de ofensa y de defensa.

« Alejandro, marchando hácia el Egipto, llegó á la Fenicia, y se declararon por él todas las ciudades, y muchas espontáneamente: solo los Tirios, queriendo él sacrificar á Hércules Tiro que entre ellos tenia un templo famoso, le negaron obstinadamente su entrada en la ciudad; desde este momento bajó á amenazarlos con las armas. No por esto se intimidaron, antes bien, dispuestos á sostener un asedio, creyeron que con esto se granjearían la gracia de Darío y obtendrían grandes dones mostrándole tanta constancia de benevolencia y fidelidad, mayormente cuando distrayéndose Alejandro en tan largo y peligroso asedio, proporcionaban á Darío la ventaja de rehacer el ejército y prepararse á ulteriores empresas: tanto confiaban en lo bien fortificada que estaba su ciudad, y en los copiosísimos medios de defensa que tenían prontos,

asi como en los socorros que esperaban de los Cartagineses, de los cuales traían su origen. Pero el rey, aunque conocia que era difícilísima la expugnacion de la ciudad, tanto por la parte del mar, teniendo las provisiones que los Tirios tenian para cuanto pudiese ocurrir en la defensa de las murallas y la ventaja de una escuadra fabricada allí, como por la parte de tierra, porque la ciudad estaba distante cuatro estadios del continente, pensó que era mejor sostener cualquier fatiga y peligro que el que una sola ciudad tuviese el orgullo de despreciar el poder de los Macedonios. Hizo, pues, demoler la llamada vieja Tiro, y con los millares de piedras que se sacaron formar un dique de dos plectros de largo; obra que se ejecutó pronto, porque para ella llamó á todos los habitantes de las ciudades vecinas.

« Los Tirios, aproximando sus naves á aquel dique, se mofaban del rey y le insultaban diciéndole si por ventura se creía mas que Neptuno. Pero cuando vieron que el dique crecía, decidieron mandar á Cartago á los niños, mujeres y viejos, y los jóvenes y hombres quedaron para defender las murallas y combatir en las naves, de las cuales tenian ochenta triremes. El trasporte de la gente inútil á Cartago pudo á lo ménos efectuarse sin impedimento del enemigo; pero no fué posible impedir que se construyese el dique. Por lo que siendo inútil el servicio de las naves, tuvieron que prepararse de otro modo á sostener el asedio. Tenian gran cantidad de catapultas y otras máquinas para rechazar los asaltos; pero tuvieron que hacer otras; no hubo en esto dificultad, porque en Tiro abundaban grandemente los artifices. De estas máquinas, pues, y de otros subsidios de guerra, de variado y nuevo género, se prepararon por este medio, y pudieron llenar el circuito interior de las murallas, y principalmente por la parte en que estaba construido el dique. Ya este por los Macedonios habia llegado á tiro de dardo de la ciudad, cuando los dioses mostraron formidables prodigios á los ánimos inciertos de lo futuro. Desde alta mar una ola llevó al dique una fiera de monstruosa grandeza, la cual cuando llegó no hizo daño; pero colocó parte de su cuerpo sobre el dique por no poco tiempo; la novedad del espectáculo dió mucho pavor y excitó pensamientos de augurio en la mente de uno y otro partido, queriendo cada uno que aquello fuese la señal con que se les prometían los socorros de Neptuno. Pero todavía otros prodigios vinieron á turbar la multitud. Cuando los Macedonios fueron á partir los panes para comer, los encontraron de color de sangre. Entre los Tirios hubo uno que dijo que Apolo le habia declarado en una vision, que iba á ausentarse de su tierra. El vulgo sospechó que fuese una ficcion para favorecer á Alejandro, y los jóvenes de la ciudad querían apedrearle; pero los magistrados creyeron que debían sustraerle á aquel peligro, y tuvo tiempo para refugiarse en el templo de Hércules. Los Tirios entre

tanto, movidos de la supersticion, ataron al pedestal con cadenas de oro la estatua de Apolo para impedir á aquel dios que saliese de la ciudad.

« Al paso que crecían las obras del dique, crecía el terror en el corazón de los habitantes de la ciudad. Estos prepararon muchas barcas con catapultas y otras máquinas de disparar saetas; llenaron otras de arqueros y honderos, y con este aparato atacaron á los que trabajaban al rededor del dique, y gran número quedaron muertos y heridos, porque atacando á una turba desordenada de gente inerme, no hubo golpe que diese en vago. Alejandro, para reparar este daño que no habia previsto, hizo armar cuantas barcas tenia, y puso los soldados mas listos, de los que él mismo se hizo el capitán, y con gran solicitud fué al puerto de Tiro para cortar por aquel medio la retirada á los Fenicios que habian atacado á los operarios del dique. Viendo este peligro y temiendo que si el rey se posesionase del puerto, fácilmente podria tomar la ciudad, entónces despojada de defensores, con gran presteza se dispusieron á volver. Fácil es conjeturar con cuánta fuerza se daría á los remos por una parte y otra, para llegar á sus diversos intentos. Y como los Macedonios estaban ya para entrar en el puerto, poco faltaba para que todos los Fenicios se perdiesen. Pero estos se abrieron camino con suma gallardía, y pudieron entrar salvos en la ciudad, aunque con la pérdida de sus últimas naves. Alejandro, perdida la esperanza de este golpe, redobló sus esfuerzos para terminar el dique comenzado, y poniendo estas naves delante del mismo, defendió de ulteriores daños á los operarios.

« Aquel dique estaba ya por fin muy cerca de la ciudad, cuando levantándose un violentísimo viento, alzóse con tanto furor el mar que las olas derribaron gran parte de la obra. Este desastre turbó á Alejandro, que casi se arrepintió de su emprendido asedio. Pero excitado por el amor de la gloria, hizo cortar en los montes una cantidad de grandísimos árboles y trasportarlos á aquel lugar, con los cuales, con sus ramas y con tierra sobrepuesta, cerró las aberturas del dique y refrenó el ímpetu de las aguas. Obtenido esto y estando ya el dique bajo los muros de la ciudad, levantó sobre él las máquinas á modo de fortaleza y con piedras comenzó á romper las murallas, y con las flechas y los dardos de las catapultas á arrojar á los enemigos de todas las torres. Á la obra de las máquinas se agregaba la de los honderos y saeteros del ejército, los cuales mirando mas particularmente á los que estaban en las alcañas, torres y lugares de defensa, les herían gravemente.

« Pero los Tirios maestros en las cosas del mar y provistos de artifices y maquinistas, se iban reponiendo con singular industria. Habian inventado contra las saetas de las catapultas ciertas ruedas con rayos, que girando con mucha velocidad, venían á despedazar una parte

de los dardos, á arrojar otra oblicuamente, y á romper el ímpetu de todos aunque fuese violentísimo. En cuanto á las piedras que arrojaban otras máquinas, las hacían caer sobre cosas blandas, con que perdían su fuerza. Por esto no contento Alejandro con lo que podía conseguir por medio del dique, pensó rodear la ciudad con sus naves, y habiendo visitado el circuito de las murallas, decidió atacarla por mar y tierra. No teniendo los Tirios valor para oponérsele con su escuadra, el rey comenzó por atacar sus naves estacionadas en el puerto, y las destruyó enteramente; despues volvió á su campo. Los Tirios, poniendo toda su confianza en la fortaleza de la muralla, para asegurar mejor la defensa, á la distancia de cinco codos de la primera, levantaron una segunda muralla de diez codos de altura y llenaron el vacío intermedio con tierra y guijarros. Pero esto no sirvió de nada, porque Alejandro unió varias triremes y poniendo sobre ellas máquinas de varias especies, pudo abrir en la muralla una brecha de cien piés y por la rotura introducir sus tropas. Pero acudieron los Tirios con una densa lluvia de dardos, si bien con trabajo llegaron al fin á rechazar á los enemigos, y en la noche siguiente reconstruyeron toda la parte de la muralla que se había arruinado.

» El grueso de los combatientes estaba entretanto en el sitio en que el dique se unía á la ciudad, reducida por Alejandro á la forma de península. Allí, pues, se concentró especialmente el estudio de los asediados, los cuales, aunque veían la gravedad del peligro y las calamidades horribles que vendrían contra ellos, si la ciudad era tomada por asalto, se obstinaron tanto que despreciaron la muerte. Los Macedonios habían levantado torres, que llegaban á la altura de las almenas de la murallas, desde donde pusieron puentes, y audazmente subían sobre la muralla misma de la ciudad. Pero el ingenio de los artifices tirios aun en contra de tal esfuerzo de los Macedonios les prestaba socorro. Habían fabricado ciertos tridentes en forma de anzuelos de enorme magnitud, con los cuales desde sus torres aferrando por los escudos á los enemigos, les traían hácia así tirando de las cuerdas, y era inevitable una de dos cosas, ó que las personas así aferradas dejasen las armas, y descubiertos los cuerpos, en medio de tanta multitud de dardos y flechas quedasen atrevasados, ó que por la vergüenza de esta prision perdiesen la vida, precipitándose desde las torres á que estaban destinados. Otros encontraron despues medios de que no pudiesen usar de las manos.

» Los Tirios hallaron tambien recurso mas admirable contra el valor de los Macedonios, con el cual hirieron á los mejores del ejército horribilmente y con inexplicable daño. Llenaban de arena ciertos escudos de hierro y bronce, y los tenían al fuego hasta tanto que la arena abrasase, y con la ayuda de una máquina la arrojaban sobre los mas gallardos combatientes,

y bien se ve cuán cruel daño debía causarles... Entretanto los Fenicios no cesaban de arrojar á sus enemigos llamas, venablos ardiendo y piedras; así que por la multitud de tantas ofensas, el valor de los Macedonios venía á ménos. Usaban ademas largas entenas con hoces, con las cuales cortando las cuerdas á los arietes, quitaban la fuerza á estos instrumentos. Con máquinas igníferas arrojaban mazas de hierro ardiendo allí donde las masas del enemigo eran mas compactas, y jamas dejaban de hacer efecto por su gran magnitud. Y como los defensores eran en gran número, hacían inútiles todos los esfuerzos de los que atacaban, y hasta mataban á muchos.

» Aunque apenas se podia resistir á tantas dificultades y males, los Macedonios no disminuyeron su audacia, ni por la ruina de sus compañeros atendían á su propia salvacion. Entretanto Alejandro oponiendo á las balistas de los Tirios las catapultas, con gruesas piedras rompió los muros y con una lluvia de dardos hizo horribles estragos. Todavía opusieron los Tirios ingenios iguales al ya referido, porque pusieron delante de las murallas ciertas ruedas de mármol, las cuales con instrumentos á propósito puestos en movimiento, destrozaban los dardos que arrojaban las catapultas, ó los desviaban; hacían blando el golpe de las piedras con pieles extendidas dobles llenas de alga, sobre las que rodando aquella dura materia, por poca resistencia que se les opusiese, debilitaban su ímpetu y las impedían herir. En suma, no había medio de defensa que descuidasen los sitiados. Y porque se encontraban á la sazón provistos en abundancia de todos los subsidios oportunos de cosas y hombres, mas envalentonados resolvieron salir al encuentro al enemigo; y por esto abandonando los puestos sobre las murallas y las torres, acometieron por los mismos puentes construidos por los Macedonios, y al valor de estos oponiendo su propio valor con fuerte ánimo, y viniendo á los manos con ellos, quisieron hacer el último esfuerzo por su patria. Entre los Tirios había algunos que armados de segures cortaban al traves cuanto se presentaba á sus golpes... Alejandro que vió que los Tirios sobrepujaban á los suyos y que se acercaba la noche, hizo que se recogiesen sus tropas, y en seguida su primer pensamiento fué levantar el asedio y pasar á su empresa de Egipto; pero luego mudó de opinion, y juzgando vergonzoso dejar á los Tirios la gloria de haber defendido su ciudad, determinó llevar á cabo el asedio, aun cuando entre los suyos solo hubo uno conforme con su parecer, y este fué Amintas de Adromene.

» Exhortó, pues, á la Macedonios á mostrarse fuertes como él, y proveyendo la escuadra de todo lo necesario, resolvió asaltar la ciudad por mar y tierra. Observó que el muro correspondiente al arsenal no era tan fuerte como los demas, hizo llevar á aquella parte algunas triremes, y apenas estuvieron unidas, colocó en ellas

fortísimas máquinas. Allí su audacia llegó á un punto que los mismos espectadores no lo hubiesen creído facilmente. Porque habiendo hecho poner desde una torre de madera un puente que fuese sobre el muro, pasó por él, no temiendo las vicisitudes de la fortuna, ni el ímpetu veheméntísimo de los Tirios; y teniendo por espectadores de su valor á los soldados que vencieron en batalla á los Persas, mandó que los demas Macedonios le siguiesen; y él á su cabeza, matando á los que pecho á pecho se le opinian, unos con la lanza, otros con la espada, derribando á otros con el escudo, reprimió la audaz tropa de sus enemigos. Mientras sucedían estas cosas, en otra parte el ariete había abierto anchura brecha en el muro, y entrando furiosamente los Macedonios por el abierto flanco, y Alejandro con los suyos por el muro, fué tomada la ciudad. No habían perdido todavía el valor sus habitantes; antes bien se animaron mutuamente á cerrar las calles con barricadas y llevar adelante el combate, hasta que murieron todos y eran mas de setenta mil.

» El rey declaró esclavos á los niños y mujeres, é hizo ahorcar á todos los jóvenes, los cuales no fueron ménos de dos mil. Fué tanta la turba de prisioneros que aun despues de haberse mandado á Cartago la mayor parte de los no aptos para la guerra, se encontraron en la ciudad mas de trece mil.

Tambien Gaza resistió constantísima á Alejandro, mientras Egipto se le sometió casi sin resistencia. Por esto volvió Alejandro hácia el Eufrates, y atravesando este rio y el Tigris sin contratiempo, se encontró con Darío en Arbela (331): batalla citada por los Griegos como lo mas elevado del arte, y como la escuela de los grandes principios de la táctica; pero que solo se podían practicar con guerreros experimentados, y con un general como Alejandro.

Pretenden los historiadores que el ejército de Darío subía á un millón de combatientes; y es cierto que eran tantos que el llano de Arbela no bastó para que se desplegase de frente toda la infantería, y muchos cuerpos tuvieron que colocarse detras. En el ala izquierda estaba la caballería de los Bactrianos, Dayos y Aracosios; cerca de ellos la infantería y caballería de los Persas, apoyadas sobre los Susianos y estos sobre los Cadusios, que llegaban al centro. Á la cabeza del ala derecha los Celesirios, los Mesopotamios; despues los Medos, Partos, Sacios, Tapiros, Hircanos, Albanos, Sacesianos, que llegaban al centro, donde estaba la familia de Darío con los grandes de Persia, rodeados de un cuerpo de Indios y otro de Carios, Anaspastes, sostenidos por un cuerpo de arqueros mardos. Darío había puesto al rededor la infantería griega mercenaria, la única que podía oponer á las falanges macedonias; ademas se reforzó con doscientos carros armados de hoces y quince elefantes. Los Usios, Babilonios y Sitanos estaban en la segunda fila, casi como cuerpo de reserva; pero demasiado cerca de la

primera aumentaban la confusion. En el flanco del ala derecha de Darío estaba la caballería escita y parte de la bactriana; en la izquierda la de la Armenia y Capadocia. Todos estaban distintamente armados; algunos solo con armas arrojadas, otros con toda clase de picas, hachas y mazas; la caballería mezclada con la infantería, que formaba enormes cuadros.

Cuando supo Darío que Alejandro se acercaba, puso á los suyos en orden de batalla y los tuvo todo el dia, lo que los fatigó y entibió su ardor. Visto el ejército en la llanura desde las montañas, Alejandro hizo alto, y no quiso, como aconsejaba Parmenion, atacar durante la noche, atendido á que siempre es incierto el éxito de las sorpresas, y que los enemigos conocían perfectamente el terreno, nuevo para él. Dispuso á los suyos de modo que la primera línea se formase á la derecha de la caballería de los Heteros, que se apoyaba sobre el Agema, esto es, sobre los Argiraspides, y sobre la infantería pesada, compuesta de dos falanges enteras, dividida cada una en cuatro grandes secciones. Seis secciones ocuparon el frente, y las otras dos, colocadas en segunda línea, sustituyeron á los peltastes; el ala izquierda estaba flanqueada por la caballería de los Tesalos y de los aliados. Soldados de esta clase se hubieran abierto paso por cualquiera parte entre aquella turba mal ordenada; pero esta sobrepujaba mas de la mitad á la línea de los Griegos. Por tanto Alejandro puso por el flanco y delante de las compañías reales una línea de tropas ligeras compuesta de parte de los Agrianos y arqueros macedonios, y bandas extranjeras veteranas; poco ántes de esta escuadra colocó la caballería ligera de los Peonios, y despues una tercera línea delante de esta con caballería extranjera, y con orden de atacar al enemigo de flanco si trataba de cercarlos.

Siguiendo el mismo plan protegió el ala izquierda con un cuerpo de caballería griega, con la orden de hacer un cuarto de conversion para pillar de flanco la caballería enemiga apenas se pusiese en marcha, y como este débil cuerpo no podría resistir á tanta caballería, lo hizo sostener con la infantería ligera de los Tracios, la que unida á dos escuadrones, describía una línea oblicua, que por un extremo tocaba á la caballería tesala. Formó la segunda línea con la mitad de los peltastes, con dos secciones de la falange, y mandó que se volviesen hácia el ala donde las tropas tuviesen un resultado ménos feliz. Esta disposicion debía bastar para impedir á los Persas que molestasen por detras la primera línea de batalla, con lo cual pensaba Alejandro destrozár los gruesos batallones de Darío.

En vez de atacar de frente, volvió hácia la derecha caminando por flanco, avanzando así sobre la izquierda de los Persas. Tambien Darío se movió hácia la izquierda pero lentamente, atendida la pesadez de su línea; y como despues viera que Alejandro se le adelantaba, temiendo perder

la ventaja de su posición, hizo empeñar la refriega por la caballería. Los Macedonios la hicieron frente, y después de una larga pelea la expulsaron del campo. Mientras tanto Darío dió el impulso á sus carros; pero los arqueros matando á los caballos y los guías les hicieron quedar inmóviles, ó los dejaron pasar entre los intersticios de la falange. Mazeo, que mandaba la derecha de los Persas, hizo avanzar á los Armenios y Medos para envolver la izquierda de Alejandro, á los cuales Parmenion opuso los Griegos mercenarios y la infantería ligera; pero no pudiendo resistir á tan fiero choque, se colocaron detrás de la línea de los Tesalos.

La caballería, mezclada con la infantería de Darío, viendo á los Escitas y Persas de las alas perseguidos acaloradamente por los Griegos, salieron á socorrerles, dejando vacíos en las líneas que los generales no tuvieron tiempo de llenar. Alejandro se apresuró á formar en columna las compañías reales y meterse en los vacíos atacando por los flancos á la infantería, mientras los caballos le atacaban de frente; por lo que introdujo allí el desorden, y aunque los Griegos mercenarios tuvieron firmeza, Darío montó á caballo para huir.

Los Persas rechazados de la izquierda á la derecha se impulsaron alternativamente hácia el centro, hasta que la multitud impidió á la falange que pudiese avanzar. Mientras que Alejandro con la derecha penetraba al través de los enemigos, la izquierda quedaba inmóvil dejando un espacio en medio del cuerpo de batalla. Cortados los Persas en la fuga por los escuadrones de Alejandro, buscaron su salvación por aquel vacío, de modo que muchos cuerpos se empujaron hasta más allá de la segunda línea de los Macedonios. Si los Persas se hubiesen dirigido á tomar las espaldas de Parmenion, mientras tenía de frente porciones de la infantería, ciertamente hubiera sucumbido mientras que Alejandro triunfaba. Le salvó el haberse arrojado los Persas á saquear el campo; y entonces comprendiendo que Alejandro había vencido, mandó un pequeño cuerpo á dispersar á los fugitivos, y así se ganó totalmente aquella jornada (1).

Eminente ejemplo del poder de la táctica, donde el mérito principal estaba en la caballería que hasta entonces en casi ningún pueblo había rayado tan alto. El orden oblicuo predilecto de Alejandro fué allí también puesto en práctica, disponiendo una segunda línea para asegurar las espaldas y los flancos; y cuando el enemigo hubiese rechazado la caballería que le protegía, debía abrirse del centro hácia las alas como las hojas de una puerta y formar un paralelogramo capaz de resistir á cualquier golpe de los Persas. Admirablemente dispuestas tenía la caballería y la infantería, de modo que pudiese formar en columna y entrar en los intervalos de la línea enemiga, para replegarla

1) LISKENNE, y SAUVAN, *Bibl. historique militaire*.

combatíendola de la derecha al centro. Los Persas invadieron su campo y no supieron resistir al atractivo de las inmensas riquezas que allí se encontraron; Alejandro se las abandonó, sin cuidarse de ellas, y esta fué su salvación.

Aseguran los prácticos que ni aun con nuestra artillería ocurriría variar nada en cuanto al orden de batalla. Estaba como hoy dividida aquella tropa, en pesada con lanza aguda, espada y dardo; y ligera con pica corta, arco y hacha: además había la tropa intermedia, ideada por Alejandro, que se trasladaba á caballo de un punto á otro, y apenas llegaba se apeaba para combatir á pié, al modo que nuestros dragones.

Aquí los soldados de Alejandro no tuvieron que hacer más que seguir adelante, y lo hicieron con marchas tan veloces que nos vemos precisados á creer exagerados á los historiadores. Habiendo avanzado hasta el Idáspes, gran río, y protegido por Poro, rey de las Indias, llegó á pasarlo, venció al enemigo y ya no tuvo necesidad de más batallas: si bien maravillan estas espléndidas victorias, fuerza es confesar que no fué preciso mucho arte, siendo muy inferior la pericia de las tropas persas, compuestas de Bárbaros allegadizos ó esclavos tímidos; pero lo mismo hubiera sido si se hubiese dirigido contra enemigos más disciplinados, como lo demuestra el valor de sus generales, manifestado en las empresas con que se disputaron entre sí los restos de aquel imperio tan rápidamente fundado por él: Antígono, Euménes, Antipatro, Tolomeo... sostuvieron algún tiempo el equilibrio entre sí.

§ 11. LOS ELEFANTES Y LOS CAMELLOS.

En las guerras de Alejandro con Darío aparecen por primera vez en la historia los elefantes, como máquinas de guerra (1), y ciertamente desde muy antiguo se debieron valer de ellos los Indios, en cuyo país abundan estos animales; pero con los ejércitos europeos no sabemos que se hallasen antes de la batalla de Arbela, en la que Darío llevaba quince. Desde entonces fueron empleados principalmente por los sucesores de Alejandro, con los cuales principia la era militar de los elefantes, que duró hasta la caída de la República romana. En general solo servían para las batallas los de la India, reservándose los de África para los espectáculos.

Á Italia fueron llevados primeramente por Pirro; los Cartagineses se valieron de ellos muchas veces contra los Romanos; pero si unas veces fueron auxiliados por ellos, otras les debieron su derrota. En la batalla de Túnez quedaron ciento cuatro prisioneros en poder de los Romanos. Anibal, que llevó sesenta de España

(1) ARMANDI, *Histoire militaire des éléphants depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'introduction des armes à feu*. Paris, 1843. Por incidencia suministra muchas aclaraciones sobre las más célebres batallas de los antiguos.

á Italia, contaba treinta y siete el atravesar el Ródano, pero tal vez solo uno sobrevivía cuando atrevió la laguna de la Etruria. Sabida la noticia de la victoria de Cánas, Cartago decretó un socorro de cuatro mil caballeros numidas y cuarenta elefantes, que se perdieron en las batallas sucesivas. Anibal disponía de ochenta en la batalla de Zama; después la vencida Cartago se obligó á dar á Roma todos los que le quedaban. En la batalla de Tapso, César se apoderó de los sesenta y cuatro que llevaban sus enemigos y fué la última vez que figuraron en las batallas antiguas, y no volvieron á reaparecer hasta las guerras de los Sasanidas en su país nativo.

Los elefantes estaban adiestrados en la pelea y la matanza. El principal servicio que hacían era desordenar las filas enemigas, y si consideramos estos animales del peso de diez á doce mil libras, como son los de la India, sostenidos por su enorme fuerza muscular y por la excitación de su cólera, comprenderemos el efecto que debían producir, y especialmente respecto de los caballos, que al verlos se espantaban.

Puede decirse que hacían en cierto modo el oficio de nuestra artillería, y Eliano nos describe su distribución en batalla de este modo: *zoarquía*, unidad elemental; *therarquía*, media sección de dos elefantes; *epiterarquía*, sección de cuatro; *ilarquía*, subdivisión de ocho; *elefantarquía*, división de diez y seis; *ceratarquía*, media falange de treinta y dos; *falange* de sesenta y cuatro.

Cada elefante tenía un nombre y un conductor propio que montaba sobre su cuello, y le dirigía con un aguijón de hierro. El animal se adornaba caprichosamente, se le pintaba y á veces se cubría de hierro su cabeza y pecho; en los colmillos se le ponían puntas de acero, para que sus golpes fuesen más mortales, y antes de la batalla se les daban licores y drogas. Sobre su espalda se colocaba una especie de torre con cuatro ó seis hombres; pero no tantos como algunos han escrito.

Tampoco se olvidan hoy los elefantes en las guerras de Asia; pero sirven casi exclusivamente para transportar municiones, armas ó tiendas, ó para la pomposa comparsa de los generales. Víctor Jacquemont, viajero francés, en 1831 encontró en Bengala á lord Rentink, gobernador general de la India, que iba visitando el país, con su equipaje conducido por mil trescientos camellos, ochocientos carros y ciento tres elefantes.

También el camello, tan manso como es, figuró algunas veces en los campos de batalla. Se escogían los de una sola jiba, y sin creer que Semíramis reunió cien mil para sus expediciones, en los que iban montados guerreros con espadas de cuatro codos de largas, según dice Ctesias, no admite duda que Ciro llevó camellos á la batalla de Timbrea y que en cada uno iban montados dos Arabes espalda con espalda. Muchos llevó Jérges á Grecia montados por ocho

lanceros; los Romanos los hallaron entre la tropa de Antíoco en Magnesia, las de Mitrídate y los Partos; los cruzados entre sus enemigos, y hasta en las últimas guerras los llevaban los Persas armados con pequeñas piezas de artillería. Sirvieron sobre todo para transportar rápidamente las tropas al través de los desiertos. En 1799 los Franceses se valieron de ellos en Egipto, donde Buonaparte organizó un regimiento de dromedarios, cada uno montado por dos hombres espalda con espalda.

§ 12. DECADENCIA DEL ARTE ENTRE LOS GRIEGOS.

No tardaron los Griegos en hallarse al frente de un pueblo que aprovechó sus experimentos, uniéndoles una constancia personal inalterable y que progresaba paso á paso á medida que los Griegos decaían. Cuando estos degenerados atribuían á la fortuna ó á la fatalidad la ruina de su patria, Polibio trató de demostrar que la culpa estaba en la organización de la falange, inferior á la de la legión, en haber abandonado las antiguas máximas, y en que hubiese algunos hombres viles que sacrificaban el bien de la patria al particular.

Llamóse á Filopémenes el último de los Griegos. Observaba continuamente, no solo en las marchas, sino hasta en los paseos militares, los accidentes del terreno y las figuras que las masas se ven obligadas á tomar al frente de los arroyos, despeñaderos y valles. Encontró de este modo, cuán convenientes eran los cambios introducidos por Pirro en la falange, y por esto en las batallas contra Macanidas, tirano de Esparta, dispuso las dos líneas formando escaques, de modo que si el enemigo le atacaba de frente, la segunda línea llenaba los intervalos de la primera; si por una ala, la reforzaba con la segunda línea. Mantinea fué también su campo de batalla. Macanidas se había preparado con muchas balistas y catapultas; pero se vió cuán pocas ventajas ofrecían, porque obligaban á la falange á quedar inmóvil para no impedir su acción, y Filopémenes con sus arqueros pronto las desmontó. Sin embargo, la batalla hubiera sido ganada por Macanidas, si este, en vez de seguir la persecución del ala derrotada, se hubiese vuelto contra la que quedaba; no lo hizo, y Filopémenes se aprovechó de ello para arrebatarle la victoria con las más bellas evoluciones que hasta entonces se habían visto.

§ 13. LOS HEBREOS.

Nos parecería una falta si omitiéramos las órdenes del código más antiguo relativamente á la guerra. Entre los Hebreos todos los ciudadanos eran soldados desde los veinte años en adelante (1); pero cualquiera que hubiera edificado una casa y no la hubiese habitado toda-

(1) *Núm.*, I, 3; XXVI, 2.